CARTA SEGUNDA

París, 29 de Enero de 1856.

Mi querido Villiaumé: ¿Piensa V., como me ha indicado, poder citar algo de mi última carta en su próxima publicacion?

Si así fuese, agradeceria á V. que me enviase pruebas para que pudiese volver á leerla y explicarla si así conviniese.

La escribí toda de un tiron, despues de haber reflexionado bastante tiempo sobre lo que en ella dije á V. No la volví á leer, y aunque me siento hoy ménos que nunca en estado de reunir en *algunas páginas* todas mis ideas, quisiera en lo que cupiese hacer inteligibles las que he dirigido á V.

¿Qué piensa V. de la *paz?*

¿Vamos á entonar el RESURREXIT?

O ¿va á agravarse aun más la reaccion?

Salud.

P. J. PROUDHON.

CARTA SOBRE EL CAMPO DE BATALLA DE WATERLOO.

Bruselas, 7 de Setiembre de 1858.

Anteayer, domingo, fuí á visitar el campo de batalla de Waterloo con cuatro excelentes bruseleses que tuvieron la amabilidad de consagrarme el dia; Félix Delhasse, Eugenio Van Bemmel, Haeck y Dulieu. Salimos de Bruselas á las siete de la mañana por el ferro-carril del Luxemburgo; y despues de una carrera de unos veinte minutos, tomamos un atajo que atraviesa el bosque de Soignes, llegando á las dos horas, horas por cierto de muy agradable paseo, á la meseta del Monte-San-Juan, donde se dió la batalla. Tenía leidas muchas relaciones de ese gran drama, y recientemente lo habia estudiado en una muy detallada y muy exacta del Coronel Charras. Conocia por el mapa hasta los menores accidentes del terreno, tanto que al llegar al sitio, podia nombrar hasta las más pequeñas sinuosidades. Pero no hay descripcion que equivalga á la vista del lugar mismo, y voy á decir á V. cuáles han sido en sustancia mis impresiones.

Si el cielo al decretar la derrota de Napoleon hu-

biese querido completar el castigo dándole un teatro mezquino, no habria podido buscar un sitio más á propósito que el del combate, situado entre los dos pueblos de Plancenoit y Monte-San-Juan. No hay país en el mundo ménos pintoresco, más trivial, más vulgar, ni más falto de todo lo que desea la imaginacion para un cuadro de una lucha heróica. Monte-San-Juan no es más que un suelo siempre y uniformemente ondulado, sin quebradas, sin carácter, sin nada que descuelle ni sirva de punto de mira, como la nariz en medio de la cara, sin nada que sea algo considerable, ni por lo eminente, ni por lo hondo; un terreno, por fin, de un aspecto como el que dicen los geógrafos que tienen las inmensas é invariables llanuras de Rusia. De tal suerte, que no me ha sorprendido nada lo que me ha dicho un anciano campesino, natural del mismo Plancenoit, que precisamente en 1815 militaba en las filas francesas. El dia de la batalla no sabia ese buen hombre que estaba á dos pasos de su pueblo; tanto le habia desorientado la uniformidad del país unida al torbellino de los ejércitos. Hasta despues de dos dias de fuga por la parte de Francia no supo que se habia perdido la batalla entre Monte-San-Juan y Plancenoit: dándose entónces por licenciado, en uso de su voluntad soberana, se decidió á volver al lugar del desastre, que era el de sus penates.

Pero el ojo del militar ve en un país, preciso es creerlo, cosas que no vé poco ni mucho el artista.

Muchas semanas ántes de la batalla, Wellington, que esperaba ver invadida á poco la Bélgica por el Emperador, habia recorrido el camino real de Bruselas hasta Charleroy; y habiendo observado la posicion de Monte-San-Juan, pensó, sin decirlo á nadie, que podria detener allí al ejército francés. Todo esto es hoy histórico; y cuando sobre el mismo terreno se sigue punto por punto el plan de Wellington, se ve cuán miserables son las críticas que ha hecho de él Napoleon despues de vencido. El pobre Emperador fué cogido en una verdadera trampa, tan bien cogido, que hasta el dia de su muerte no parece haber comprendido claramente las causas de su derrota.

No haré á V. á mi vez la descripcion de la batalla; necesitaria para esto por lo ménos cincuenta páginas; pero he visto el campo, he consultado los documentos oficiales, y he podido observar las distancias y las horas. En cuanto á las maniobras, sobre que apénas las hubo, son cosa que mete entre los soldados mucho más ruido del que debiera, y á mi modo de ver no revela genio en nuestros hombres, como no lo revela la habilidad que puede tenerse en jugar al dominó ó al ajedrez. He querido, sin embargo, darme razon de esta táctica, y no vacilo en formular así mi opinion.

Pues bien, querido amigo mio, tan poco sentido moral denota en el Emperador la vuelta de la isla de Elba, como poca prudencia y discernimiento su empresa de 1815. Toda su estrategía bien analizada es escandalosa y dá lástima.

Pero ¿qué puede haber, me dirá V. en esa fatal meseta para que Bonaparte haya podido experimentar allí semejante desastre?— Nonadas: una gran quinta en la carretera, que llaman la *Haie-Sainte*, el Santo Vallado, con paredes que la cercan y una huerta rodeada de un soto; á la izquierda, á 1.500 metros, otra quinta de la misma especie con restos de un viejo castillo; enfrente, en lo alto de una suave cuesta de 2.200 metros que va desde la Haie-Sainte á Monte-San-Juan, un camino que corta perpendicularmente la carretera, y tiene calzada á la izquierda y sotos á la derecha. Figúrese V. ahora el ejército inglés en esa encrucijada, con las baterías en el camino hondo, los soldados detrás ocultos por el recodo del terreno, y grandes destacamentos en las quintas de que tengo hablado. Estos eran los obstáculos que habia que vencer para llegar á Bruselas.

A un kilómetro de distancia no se ve nada de esto. La Haie-Sainte, pequeña como una barraca, la otra quinta y las ruinas del castillo de Hougoumont, apénas si se las descubre entre unos altos árboles;

el camino travesero no se le ve, ni poco ni mucho. Estaba quizá la ciencia del Emperador en descubrir y apreciar todas esas cosas; el hecho es que nada adivinó, nada comprendió, ni nada supo.

Duró la batalla desde las once y media de la mañana hasta las nueve y media de la noche. Durante todo este tiempo, la quinta de la Haie-Sainte, colocada en la misma carretera, fué tomada, perdida y vuelta á tomar no sé cuántas veces; la otra quinta de la izquierda, tomada, perdida, vuelta á tomar, y vuelta á perder, tanto y de tal modo, que en uno ó dos puntos murieron tal vez 20.000 hombres sin que nada se decidiera.

¿Por qué, dirá V, no se pasaba entre las dos quintas para llegar recto al camino travesero y tomar la posicion de los ingleses? ¿Por qué no se daba la vuelta por la derecha?

Esto intentó efectivamente Napoleon. Despues de haber bien acañoneado al ejército inglés (las balas pasaban por encima del camino), Napoleon mandó á Ney que hiciera cargar á la caballería, pasando á la izquierda de la carretera, entre la Haie y Hougoumont. Entónces fué cuando se dieron esas doce ó quince espantosas cargas en que pereció la mitad de la caballería francesa y murieron tantos ingleses;— hubo baterías destrozadas, cuadros de infantería forzados y deshechos; — pero Wellington hacia avan-

zar á medida de estas cargas sus reservas, y los vivos reemplazaban á los muertos, tanto y tan bien, que los nuestros debieron renunciar á su empresa. Repitiéronse las mismas tentativas á la derecha, pero aun con ménos éxito.

¿Qué genio, le pregunto á V., hay en arrojar así unas sobre otras masas de hombres, de modo que la más considerable, ó sea la materia más resistente, acabase por destrozar la otra? No hubo más en Waterloo, ó por mejor decir en Monte-San-Juan, puesto que Waterloo está á tres kilómetros más lejos. Napoleon hacía aquí las veces de martillo, y Wellington las de yunque: toda la cuestion estaba en saber cuál de los dos se gastaria primero.

Cinco horas hacia que duraba este ejercicio, cuando á la derecha de Napoleon, sobre el pueblo de Plancenoit, descubrió un primer cuerpo de prusianos. Harto concebirá V. el efecto de esta diversion. Resultó de ahí que las cargas de Ney no pudieron ser apoyadas por la infantería, ocupada en otra parte. Dos horas más tarde llegó una segunda columna de prusianos que hizo retroceder toda el ala derecha del ejército francés, cogido ya por lo tanto de frente y de flanco. Napoleon entónces hizo avanzar la Guardia, que apénas tuvo que hacer más que morir. Estaba la Guardia desde la mañana en la calzada, un poco á la espalda del campo de tan tremenda carnicería; habia una taberna llamada la Bella Alianza. Allí fué donde vinieron á darse la mano prusianos é ingleses, despues de haber aplastado, pasado á cuchillo y hecho compota todo lo que entre ellos estaba.

La pérdida de los aliados subió á 22.000 hombres; la de los franceses á 35.000; total, 57.000 hombres.

Añádase á esto que todo fué cogido; parques, furgones, bagajes, etc., y que la disolucion del ejército francés fue completa, absoluta.

De todo esto se ha hecho en Francia una soberbia leyenda que hace llorar á los tontos. ¡Ah! ¡Si no hubiesen llegado los prusianos!—Cierto; pero los prusianos habian de llegar; Wellington los esperaba tres horas ántes; los dos Generales habian convenido la víspera en unirse, y solo los malos caminos impidieron que Blücher llegase á la hora convenida. No hubo sino Napoleon que no los esperase, como que pensaba haberlos anonadado en Ligny.

¡Si á lo ménos hubiese venido Grouchy!—Cierto tambien; pero desgraciadamente Napoleon le habia dado la víspera órden de perseguir los restos del ejército prusiano miéntras él despachaba á Wellington; y Grouchy, al empezar la batalla, el dia 18 de Junio, á mediodía, se encontraba á siete leguas de Monte-San-Juan. No habria podido llegar al campo por atajos y quebradas sino despues de

nueve ó diez horas de marcha, á la hora precisa para quedar envuelto en la derrota.

Todo esto está ahora explicado y aclarado: la certidumbre es completa. Los militares, tales como Jomini y el Coronel Charras, critican al Emperador sobre detalles: sobre si debia haber dado la batalla cuatro horas más temprano: sobre si debia haber atacado las dos quintas con obuses y no con fusiles: sobre si debia haber hecho avanzar los batallones escalonados, etc. Esto son miserias. La verdad es, que Napoleon, condenado por la Europa y teniendo coaligados contra sí los pueblos, entró en Bélgica verdaderamente á tientas; que no conoció ni sospechó la fuerza de sus enemigos; que no adivinó nada de su plan; que lleno de menosprecio por los dos Generales, el inglés y el prusiano, no hizo alto en sus combinaciones, ni vió que lo que él calificaba de *falta de conocimiento del oficio*, era en ellos el resultado de un cálculo profundo. Así, á mediodía, al dar la señal del combate, decia: «tenemos nueve probabilidades de éxito por diez.» ¡Desgraciado! Wellington y Blücher decian por su parte: «le tenemos cogido.» Y cuando se lee algo atentamente la historia, se es de su opinion.

En 1815, al empezar Junio, marchaban sobre Francia, ó por mejor decir sobre el Imperio, 750.000 hombres de tropas aliadas; tenian en su favor,

fuerza es decirlo, el derecho, el voto de los pueblos. . . . . .
en una palabra, todas las fuerzas morales que los materialistas como Napoleon tienen en nada, y en última análisis lo son todo.

En Bélgica, donde entraba con 124.000 hombres, Napoleon iba á tener enfrente de sí los dos ejércitos, el inglés y el prusiano, que reunian 219.000 hombres, casi el doble.

Procuró naturalmente separarlos, á fin de batirlos en detall; pero no pudo conseguirlo. Llegó en primer lugar demasiado tarde; fué luego rechazado en Quatre-Bras. En Ligny, por otra parte, no se atrevió la tarde de la batalla á picar la retaguardia á los prusianos, que se retiraron en buen órden, y á los dos dias aparecieron en Waterloo en número de 90.000 hombres.

¿De qué sirve, por otra parte, computar las faltas ni las decepciones del Emperador? Wellington y Blücher cometieron tambien sus faltas y se engañaron en más de un cálculo: en la guerra, como en el juego, faltas y errores de cálculo no deja de haberlos nunca. Pese V. las del uno y las del otro, y llegará V. á este resultado poco glorioso: áun siendo poco más ó ménos igual el talento de los jugadores, la victoria quedó en definitiva por el que disponia de más batallones.

Hoy el aspecto del campo de batalla no es del todo el mismo de 1815: ha habido cortas de árboles, se han recogido, en el lugar donde se dieron las cargas de Ney, tierras que formaban un pequeño otero, y se ha construido un montecillo cónico de 150 piés de altura, sobre el cual hay un enorme leon fundido, con esta inscripcion: 18 *de Junio de* 1815. Es el leon holandés que tiene la garra puesta sobre un globo y la cara vuelta hácia la Francia, que parece aún amenazar. He recogido junto á él un puñado de sérpol, de que envío á V. una pequeña brizna: es la única reliquia que he procurado traer del Monte-San-Juan.

Todos los años van en peregrinacion á este sitio gran número de ingleses. Hay allí, segun me han dicho, una fábrica de hierros viejos que se vende por despojos de la batalla. Cuéntase del cráneo de un oficial prusiano que fué vendido muy caro á un aficionado de Berlin, despues de haber sido sucesivamente ofrecido á otros por el cráneo de un oficial inglés, y el cráneo de un oficial francés. La ópera bufa se ha apoderado de esa ridícula ostentacion de reliquias para divertir con ella al populacho: este es el corto recuerdo que ha conservado aquí el pueblo de la batalla llamada de Waterloo.

En Francia ya es otra cosa. Nadie ha visto el Monte-San-Juan, y más de un refugiado tendria

á cargo de conciencia visitarlo: lloran como becerros al recordar su derrota. Se compara á Napoleon con Orlando, muerto en Roncesvalles; el Monte San-Juan, país raso si los hubo, con las Termópilas; se atribuye todo á la fatalidad, á la alevosía; se celebra el dicho de Cambronne, y no falta quien piensa en tomar la revancha de tan triste jornada.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pasando por el camino hondo, detrás de la quinta de Hougoumont, he encontrado una soberbia cosecha de moras, de que me he saciado, como hacía á los doce años. Si es cierta la metempsícosis, debo tener en las venas átomos de más de un soldado francés. El alma de esos soldados, libre ya de su embriaguez, es sin duda la que habla á V. en este momento por mi verídica pluma.

Adios, querido amigo, y burlémonos de los fanáticos.

Suyo afectísimo

P. J. Proudhon.